

Preguntas de Reflexión

- ¿Cuál es la cruz que actualmente estás cargando?
- ¿Cómo entiendes la diferencia entre la noción de entregar el control y el darse por vencido?
- ¿En qué lugares has visto que Dios transforma tu dolor en paz?

Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario



Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

La festividad de la Exaltación de la Santa Cruz nos recuerda que Dios no tiene un encuentro con nosotros en nuestra perfección, sino en nuestro sufrimiento. La cruz, que una vez fue un brutal instrumento para matar, se ha convertido para nosotros en un signo de vida, de sanación y de redención. Para los familiares afectados por la adicción de un ser querido, la cruz no es una idea abstracta. Es una dolorosa carga que llevamos: la preocupación, el caos, el sufrimiento de ver cómo lucha alguien que amamos. Aun así, no nos encontramos bajo su peso solos.

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Números 21, 4b-9

Salmo Responsorial: Salmo 78, 1bc-2, 34-35, 36-37, 38

Segunda Lectura: Filipenses 2, 6-11

Evangelio: Juan 3:13-17

Cuando iniciamos la recuperación, muchos de nosotros estamos física, emocional y espiritualmente agotados. Hemos intentado componer, dirigir o rescatar. Hemos creído que, si hubiéramos amado con más fuerza o dicho las palabras correctas, las cosas hubieran cambiado. Pero la cruz nos lleva a un camino distinto, no de control, sino de rendición. El Paso Tres nos enseña cómo poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios. Esto no significa que dejemos de preocuparnos. Esto significa que confiamos las consecuencias a un Poder superior no a nosotros mismos.

En el Evangelio de este domingo, Jesús habla de la cruz, relacionándola con la sanación y la vida eterna (Juan 3, 14–17):

“Igual que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.”

Este pasaje nos recuerda que el amor, no la condenación, es el corazón de la cruz. Cuando intentamos componer a nuestro ser querido o controlar su rumbo, normalmente se sustenta en el miedo. Pero cuando los entregamos al cuidado de Dios, comenzamos a experimentar paz. La cruz nos afirma que Cristo conoce nuestro dolor y que camina con nosotros. Él es el que nos salva, y quien nos invita a reposar en esa verdad.

do el

Esto no es fácil. La rendición es algo rara vez cómodo y debe ser renovada diariamente. Pero con el tiempo, encontramos que nuestra serenidad no depende en las elecciones de alguien más. Aprendemos a respirar nuevamente. Comenzamos a sanar, no debido a que nuestras circunstancias sean perfectas, sino porque nuestros corazones están alineados con Dios. Encontramos la fortaleza para desapegarnos con amor, a vivir un día a la vez y a cuidarnos en formas sanas y vivificantes.

Por medio del proceso de recuperación, empezamos a ver nuestra propia necesidad de sanación. Hacemos un inventario de nuestras respuestas emocionales, de nuestros límites y de las maneras en que nos hemos perdido en el caos. Al soltar las cosas, hacemos espacio a la gracia. La cruz, que una vez fue un lugar de dolor, se convierte en nuestra transformación. Nuestras vidas comienzan a dar frutos también: la paciencia, la sabiduría y la compasión.

Cuando nos juntamos con otros que también caminan este sendero, descubrimos que nos estamos solos. Existe fortaleza en una comunidad espiritual; quienes han pasado por luchas similares, nos recuerdan que la sanación es posible. Juntos, levantamos nuestras cruces, no con desesperación, sino con esperanza. Dios sigue escribiendo nuestra historia, y la cruz nos reafirma que el amor tiene la última palabra.